

SUBJETIVIDAD Y SEXUACIÓN

Carlos García¹

RESUMEN: La cura psicoanalítica emplea el lenguaje y la transferencia como herramientas que permiten la confrontación del sujeto a sus propios deseos y contradicciones, de tal forma que las inhibiciones, síntomas y/o angustias desaparezcan o pierdan su consistencia patológica.

Este caso permite ver un manejo concreto de la transferencia, los lugares que el analista va ocupando en el discurso del paciente y cómo se mueve en ellos, la caída de las identificaciones alienantes y de los síntomas asociados a ellas y, con ello, el desenlace de la cura, que siempre será particular en cada caso.

PALABRAS CLAVE: agresividad, angustia, subjetividad, transferencia, identificación, “yo-ideal”, narcisismo, alienación, culpabilidad, elección de objeto, goce, Otro, función paterna, deseo.

Entrevista con los Padres

A Luis, de siete años de edad, lo traen sus padres a instancias del colegio. Desde hace unos meses, Luis muestra una agresividad incontrolable ante cualquier profesora que le lleve la contraria, le riña o le llame la atención. Cuando así ocurre, Luis comienza a pegar sin control hasta que otra persona lo arranca, literalmente, de la profesora agredida, lo lleva a otro lugar y lo tranquiliza. Las personas que han presenciado o sufrido estos arranques de ira califican a Luis de enajenado. Ocasionalmente, también ha pegado a alguna niña, sin motivo aparente.

Al margen de estos arrebatos, Luis es un niño que siempre destaca por lo contrario: en clase es dócil, cariñoso y aplicado. En casa es obediente y sin problemas de comportamiento. Se entiende, pues, la angustia y el desconcierto de padres y profesoras.

En la familia, Luis fue el primer hijo, sobrino y nieto varón. Los padres dicen que en casa nunca ha sido agresivo, que lo único que puede asociarse con ello es que cuando ve a alguna persona a quien quiere mucho se pone muy nervioso y descontrolado. Tanto que, a veces, al ir a dar un beso, muerde.

Pensando un poco más, dicen que últimamente sí lo notan un poco agresivo pero sólo con la madre y con una prima dos años mayor que él a la que idolatra. Por lo demás es un niño que no da ningún problema. “¡Ah, eso sí! –dicen los padres- es incapaz de reconocer sus errores y pedir perdón”.

Luis tiene una hermana tres años menor con la que se lleva relativamente bien y juegan juntos pero con la que rivaliza a menudo. Los hermanos se acuestan en el mismo cuarto. Hasta que se duerme, Luis sale constantemente al salón, donde están los padres, con cualquier excusa. Varias veces lo han pillado espiando. Casi todas las noches, tanto Luis como su hermana acuden al cuarto de sus padres y se meten en su cama, siempre del lado de la madre, quien los retorna a sus camas excepto si ya está cerca la hora de levantarse.

Por las mañanas los hermanos rivalizan en levantarse pronto y llegar el primero a sentarse junto a la madre a desayunar. Los padres dicen que notan a Luis siempre muy nervioso y pendiente de la madre.

Luis se hace pis en la cama y lleva pañal desde siempre. La madre se lo pone cada noche antes de ir a la cama. Se siente avergonzado por ello y no se habla nunca de este tema en la familia. Ni siquiera la hermana, que no lleva pañal, lo comenta. Todos hacen como si no pasara.

En sus juegos, dicen los padres, Luis es muy ordenado, sensible y cuidadoso. Lo que más le gusta son las muñecas, en concreto las Barbies y otras vestidas de princesa o bailarina, las pide de regalo en cada ocasión lo que causa bastante malestar en la familia. También le gusta disfrazarse de chica, exagerando mucho los gestos y las poses. Los padres dicen que Luis, definitivamente, es muy afeminado.

¹ Psicólogo, Psicoanalista. cargaga@wanadoo.es

El padre, que tiene una forma de estar muy, digamos, masculina intenta implicar a Luis en sus actividades de ocio (fútbol, tenis y golf) sin ningún éxito. El niño no muestra ningún interés por los gustos del padre, cosa que éste no acaba de entender. La madre está muy angustiada por la orientación sexual de su hijo, anticipando ya el más negro de los futuros. Al hablar de este tema el motivo inicial de la consulta, la agresividad, se eclipsa y es la posible homosexualidad del hijo la que toma todo el protagonismo para los padres.

Hasta aquí lo que plantean los padres en la primera entrevista: acuden por la queja del colegio sobre la agresividad pero hacen su propia demanda respecto de la sexualidad de Luis. Por mi parte, les convoco para una nueva reunión después de haberme entrevistado con el niño unas cuantas veces. Veamos a continuación lo que plantea Luis en las primeras sesiones.

Entrevistas Preliminares

Efectivamente, salta a la vista que Luis es muy “amanerado”. Cuida de ir siempre limpio y compuesto, sus gestos son delicados y su habla muy afectada. Se diría que sus formas imitan las de las niñas más cursis. En las primeras entrevistas Luis no está a disgusto en la consulta aunque no sabe por qué viene. “Pregúntale a mamá”, dice.

Como desde el principio veo que si me sitúo cerca de él se muestra incómodo, decido no hacerlo. Estamos sentados en el suelo, cada uno en un extremo de la habitación. No habla por propia iniciativa, limitándose a responder mis preguntas que deben ser muy neutras pues de lo contrario se pone a la defensiva. Con el fin de compensar la distancia que Luis se esfuerza por mantener, con cada pregunta que hago le lanzo una pelota que me devuelve con su respuesta. Le gusta este juego.

Todo está bien mientras no se toquen temas que apunten directamente a su subjetividad. Por ejemplo: Haciendo un puzzle de “La sirenita” Luis dice que “es una guarrilla que se tapa” señalándole las tetas. Le pregunto qué más tapa el bikini, señala los genitales del dibujo y se va de la sala riéndose nervioso, dando por finalizada la sesión. En esos momentos en los que su subjetividad se ve cuestionada, que emerge una pregunta que no puede responderse con un sí o un no,

Luis se pone nervioso, vergonzoso o un poco agresivo. Siempre le dejo marchar, dejando la pregunta en el aire, sin respuesta. Esta dinámica se produce en cada sesión: cuestionamiento subjetivo a partir de las propias palabras del niño y pregunta sin responder.

Evidentemente, a las pocas sesiones Luis empieza a decir insistentemente que no quiere venir. En tanto yo ignoro esta demanda, por ejemplo dándole más citas, Luis responde agresivamente, bien de forma verbal: “eres tonto”, “eres malo”... o bien con actos: lanzándome la pelota con fuerza, tirando a dar. Mi enigmática pregunta, mi cuestionamiento sin respuesta genera una incógnita en Luis, un vacío que no sabe cómo completar. De momento sólo tiene el recurso de la violencia o de la huida. Hay sesiones en las que se niega a entrar y le dejo marchar sin dirigirle apenas la mirada, sin cruzar una sola palabra, en otras sesiones está todo el rato callado, con el gesto muy forzado mostrando enfado. A veces, escribe con un trazo muy descuidado (al contrario que en el colegio) cosas como éstas: “Enfadado contigo porque no quiero venir aquí, porque eres tonto y feo y malo”. “No te escucho”. Hay un empeño de Luis en no querer saber de la inconsistencia que le plantea el hecho mismo de la transferencia que se establece en las sesiones.

Trabajamos, pues, desde la vertiente negativa de la transferencia, más agria que la vertiente positiva basada en el amor al analista pero quizá más productiva en el sentido de la progresión subjetiva. Este tipo de trabajo a contrapelo me obliga, en este caso, a emplear a fondo el dispositivo transferencial realizando todo tipo de maniobras como son: hacer sesiones muy cortas, obviar sus provocaciones, hablarle por señales, hacerme el dormido, hacerme el tonto.... Todo aquello que considere oportuno en cada momento para indicar que hay algo más en él de lo que me presenta. ¿Qué es ese algo más que supuestamente me interesa? Esa es la pregunta que queda planteada al final de cada sesión y que remite directamente a un vacío que no puede llenar con su mera presencia.

Como ya he apuntado, Luis no suele hablar de forma espontánea pero poco a poco va apareciendo un discurso, lo cual quiere decir que va apareciendo un deseo, una vía para intentar responder al interrogante que se plantea en la transferencia, esta vez por medio de las palabras y no sólo por medio de actos. Luis cuenta

cosas del colegio, de sus amigas, de sus juegos. Con sus amigas actúa como una más, participando de todas sus actividades, compartiendo sus gustos, estableciendo los lazos de afecto y odio tan característicos de las niñas de estas edades. Los niños pasan aparentemente desapercibidos para él: “siempre están jugando al fútbol y haciendo el bruto”, dice.

A pesar de que no le gustan los deportes, pidió a sus padres que le apuntaran a clases de tenis porque su hermana quería ir. Nunca fue a gusto y ahora dice que quiere dejarlo, que le gustaría hacer gimnasia rítmica. Además está apuntado, por expreso deseo del padre, a clases de golf y de inglés, clases a las que Luis odia asistir lo cual provoca bastantes problemas familiares.

También ocupa bastante tiempo hablando de su hermana de quien se burla con una ironía bien calculada.

A veces Luis dibuja y lo hace con mucho cuidado y detalle. En su dibujo de la familia, aparecen una niña de siete años, una mamá de 36 y un papá de 38, edades correspondientes a las de él, su madre y su padre. Las preguntas que inmediatamente surgirían a quien esté acostumbrado a trabajar con niños son: ¿este dibujo lo ha hecho un niño? (por su detallismo y refinamiento en la ropa, los lazos, el pelo, el gesto...)

y ¿dónde está la hermana? Desde mi punto de vista, este dibujo expresa fielmente lo que Luis no puede decir en palabras: por un lado su contradicción respecto de su identificación sexual femenina y, por otro lado, su rivalidad con la hermana respecto del amor de su madre. El dibujo refleja un mundo ideal en el que él es una hija única. Muestra lo que, en términos psicoanalíticos, denominamos su “yo-ideal” en tanto identificación alienante a una imagen de perfección.

En el transcurso de las sesiones puedo ir establecien-

do que las agresiones a las profesoras y las compañeras ocurren por dos motivos:

- a. No ser reconocido por la profesora, lo cual remite directamente a una rivalidad con los compañeros. Por ejemplo: Luis siempre quiere ser el

primero de la fila, termina las tareas antes que nadie y va corriendo a mostrárselas a la profesora aunque no estén acabadas. Si otro compañero se le adelanta, se enfada manifiestamente. Busca constantemente la mirada y el reconocimiento de la profesora y si ésta se lo niega (deja que otro niño sea el primero o no valora suficientemente el trabajo que Luis le entrega) se enfurece. En el caso de que la profesora le riña directamente, Luis entra en cólera y la ataca. Si agrede a alguna niña y es reprendido por la profesora arremete contra ella.

- b. Burla de los compañeros sobre algo relativo a la sexualidad. Un día, las chicas con las que juega habitualmente le dicen que tiene novia. Pierde el control y las agrede con fuerza. Otro día unos chicos le dicen que su apellido es de perfume de chica. A ellos no les agrede pero llora desconsoladamente, con rabia.

En el dibujo, tanto la circunstancia a) la falta de reconocimiento como la b) la ambigüedad sexual no aparecen, es decir, no hay con-

tradicción y sí un absoluto reconocimiento como hija y como única. Por tanto, las circunstancias de la realidad a) y b) atentan directamente contra el “yo-ideal”, única identificación en la que Luis se sostiene en este momento, quedando así justificada la agresividad.

Esta fuerte alienación identificatoria da cuenta de una posición muy narcisista en la cual se presenta como el único objeto de amor para la madre y para sus subrogados, como son en este caso las profesoras, personas a las que se esfuerza por agradar, por ser el primero y

En todos los casos de niños, la demanda no parte de los propios niños sino de sus padres y profesores. Esto hace más difícil el trabajo porque las transferencias se multiplican. Hay que atender a las demandas de los adultos y, por otra parte, hay que procurar que el niño elabore una demanda propia

de las que no admite ni un reproche, ni una fisura en su bien construido ideal. Cuando así ocurre, cuando se ve desplazado de tal posición central, emerge la violencia para con quien ha señalado su incompletud. Por otro lado, la violencia también es desplegada, evidentemente, contra sus semejantes, contra aquellos niños que ocupan, supuestamente, su lugar a los ojos de la madre (su hermana) o de la profesora (los compañeros).

En tanto es esta férrea identificación narcisista la que es permanentemente cuestionada en el análisis, se entiende la oposición de Luis a acudir a las sesiones.

El Trabajo con los Padres

En todos los casos de niños, la demanda no parte de los propios niños sino de sus padres y profesores. Esto hace más difícil el trabajo porque las transferencias se multiplican. Hay que atender a las demandas de los adultos y, por otra parte, hay que procurar que el niño elabore una demanda propia de tal modo que se desvincule de la transferencia inicial heredera de la de los padres y establezca una propiamente analítica.

Así pues, considero fundamental estar siempre dispuesto a escuchar a los padres porque, aunque el trabajo a realizar no sea puramente analítico, les permitirá elaborar algunas cuestiones referidas al lugar en el que colocan al niño en su propia historia, les hará preguntarse qué es lo que el niño satisface o frustra, de tal modo que puedan tomar cierta distancia de lo que traen como “el problema”. De ese modo disminuye su ansiedad permitiendo al niño hacer su propio trabajo.

Como se ve, ésta es una forma de afrontar la demanda de los padres bastante alejada de las típicas “pautas” ya que apunta, de un modo discreto, a que los padres se pregunten por su propia subjetividad, a ser parte activa de la cuestión. Esto no quiere decir que, en determinados momentos no se deba hacer algún tipo de recomendación o sugerencia de acción inmediata que desbloquee algún punto en la relación entre padres e hijos que permanece estancado. Por ejemplo, en este caso, le recomiendo al padre que, cuando Luis acuda a su cama por las noches sea él y no la madre quien le devuelva a su cuarto. Me parece que es una forma de hacer intervenir al padre en una escena significativa de la cual está ausente. El resultado inmediato es que Luis deja de acudir a la cama de los pa-

dres. Pero esto, que resulta tan llamativo, no es lo importante. Lo que cuenta es el hecho de que el padre se haga presente en esa escena de la que, con su consentimiento explícito, era excluido tanto por la madre como por el niño.

Durante las primeras entrevistas con Luis, la madre me llama por teléfono frecuentemente para preguntar por el desarrollo de las sesiones y pronto aparece su angustia en relación a la feminidad de su hijo. “Es por mi culpa”, dice. No puede decir nada más sobre ello pero así lo siente. Está muy angustiada por el futuro del niño, por su estabilidad emocional, por las dificultades sociales con las que tendrá que enfrentarse. “¿Qué he hecho mal?”, “¿Qué puedo hacer para cambiarlo?” pregunta una y otra vez. Obcecada por ese futuro construido, no puede escuchar mis palabras: “A pesar de que la posición personal actual de Luis es indudablemente femenina, sólo en la adolescencia se podrá definir su orientación sexual”. Le insisto en que ése no es el problema, o no el único problema que angustia a Luis. Intento hacerle comprender que la elección de orientación sexual, de la que aún no podemos dar cuenta, no es algo que se pueda cambiar como ella pretende.

Tras no pocas conversaciones, la madre se va tranquilizando y comprendiendo que, como padres, no pueden hacer por Luis más que tratarlo con naturalidad y con el menor grado de angustia posible.

Será en el análisis donde se trabajará para hacer caer las identificaciones imaginarias que pudieran condicionar una elección de objeto neurótica. Es decir, hay personas que, tras un trabajo de análisis, resuelven que su neurosis les condujo hacia una determinada elección de objeto sexual (homo o heterosexual) cuando realmente su deseo les lleva hacia la contraria. Es por ello que, en el caso de Luis, donde estas cuestiones están estableciéndose, conviene ser muy prudentes y no pretender forzar ningún tipo de elección. Como he dicho antes, es preferible trabajar para hacer caer la identificación imaginaria que mantiene a Luis en una posición de objeto para la madre que condiciona sus acciones y elecciones y provoca sus malestar.

Este trabajo con los padres, que les permite dar un sentido distinto a lo que le ocurre al niño, hace que disminuya su angustia y su prisa, dándose a sí mismos

la oportunidad de plantearse algunas cuestiones y dándole a Luis la oportunidad de trabajar en otro sentido. Escuchar a los padres es, pues, fundamental en el trabajo con los niños. Es un modo de trabajar distinto del que se lleva a cabo con los pacientes propiamente dichos pero, en cierta medida, produce efectos en el tratamiento del niño.

Por ejemplo, tras algunas conversaciones, la madre puede relacionar algo que antes había pasado desapercibido para ella. Dice que tiene la “sensación” de que Luis la pilló, hace unos meses, haciendo el amor con su marido. Éste la intenta tranquilizar diciéndole que eso no ocurrió, pero ella no puede dejar de estar segura y que cree que la supuesta pillada coincide con el incremento de la agresividad de Luis en el colegio.

Esta “sensación” culposa de la madre de haber sido observada por el hijo mientras estaba con el marido dice mucho del lugar que esta mujer otorga al niño en su propia historia. Aunque yo no sea el analista de la madre y desconozca los detalles de su vida, considero que la escena que me cuenta explica bien el lugar donde esta madre convoca a su hijo, en el centro exclusivo de su deseo. Probablemente la madre no se equivoca al relacionar el hecho de que su hijo la sorprendiera follando con el padre con la explosión de agresividad en el colegio. Pero no es sólo la reacción del niño lo que da cuenta de lo que se jugó en esa escena, sobre todo está el sentimiento de culpa de la madre, que es el mismo que siente respecto de la supuesta orientación sexual de su hijo: “es por mi culpa”. En la escena, Luis está excluido, descentrado del amor de la madre. Es otro, el padre, quien ocupa el lugar privilegiado a su lado. Que la madre se sienta culpable de excluir al niño es el mejor índice de la posición que éste ocupa como objeto de su deseo, posición en la que el niño es convocado y que acepta ocupar con todas las consecuencias. Las rivalidades, la agresividad, la incapacidad para pedir perdón, el silencio consentido en la cuestión del pañal, el ir a la cama junto a la madre, el espiar a los padres por las noches, la ambivalencia amor-odio que presenta ante los que le rodean se explican, a mi modo de ver, a partir de esta escena primordial, que no tiene porqué haber acontecido más que en la fantasía de la madre, pero que expresa perfectamente el juego de deseos del que participan madre e hijo.

Entrada en Análisis

Luis me pregunta, de vez en cuando, por los niños que vienen a verme. Un día se interesa por sus problemas aprovecho para decirle que algunos vienen porque se hacen pis en la cama, ya que él nunca habla de ello:

- ¿Cuántos se hacen pis? –pregunta Luis.
- Seis –respondo.
- ¿Son niños o niñas?
- Tres niños y tres niñas.
- ¿Cuántas pelotas tienes? –pregunta Luis cambiando de tema
- Una ¿Y tú? –pregunto.
- Yo tengo seis –responde.
- ¡Como los niños que vienen a verme por lo del pipi! – exclamo sorprendido.
- Tú tienes siete –dice Luis.
- ¿Siete? ¿Quién es el siete? –pregunto.
- No lo conozco –responde Luis
- ¡Ah! ¿No? – Corto la sesión.

Al día siguiente llama la madre diciendo que Luis le pidió no ponerse el pañal. Aunque siguió orinándose, la frecuencia fue disminuyendo progresivamente y nunca más usó el pañal. Los padres le enseñaron a cambiar las sábanas y a ponerse un pijama limpio.

Veamos por qué digo que este episodio, y no cualquier otro anterior, da cuenta de una verdadera entrada en análisis.

Luis me pregunta por sus semejantes, por aquellos que están conmigo en su ausencia, lo cual me coloca, respecto de su identificación narcisista, en el lugar de la madre y a los otros niños en el lugar del rival. Es la misma identificación que me adjudica desde el principio y de la que voy entrando y saliendo con mis actos de tal forma que Luis nunca acaba de atraparme en ella. De este modo, su propia identificación como objeto queda cuestionada provocándole las violentas reacciones que ya he comentado.

Apunto en este diálogo, por primera vez, a un tema central como es el pis. Es central precisamente porque nunca habla de ello y porque la familia hace como si

no ocurriera. A priori pienso que es un punto de enganche muy fuerte entre la madre y el hijo del cual conviene dar cuenta en el análisis.

Luis pasa de la pregunta por mis niños a la pregunta por mis pelotas que no es cualquiera ya que con ello pone en juego el primer elemento transferencial: aquella pelota que nos pasábamos al principio del tratamiento entre mis preguntas y sus respuestas. Ahora es él quien pregunta y lanza la pelota. “Tú tienes siete”, dice. Siete pelotas, siete niños, siete transferencias, una de las cuales es él, al mismo nivel que mis otros niños que se hacen pis. Al mismo nivel que sus semejantes y no en una posición de exclusividad. Luis hace con ello una verdadera demanda, lo cual significa que se reconoce como sujeto faltante y no ya sólo como un objeto perfecto para el Otro. Podemos decir que Luis acepta, por primera vez, enfrentarse con su propia castración, que no es otra cosa que admitir la posibilidad de no ser aquello que supuestamente desea el Otro.

Este diálogo que mantenemos Luis y yo no es premeditado. Es fruto del discurso espontáneo del paciente y del acto del analista. Lo que ocurre en la transferencia no cobra sentido en ese momento sino después, cuando Luis pone un límite a la relación con su madre diciendo “no” al pañal, paradigma de su identificación fálica.

En esta conversación, Luis cambia de identificación en la transferencia: abandona la pretensión de ser un objeto único para mí y se reconoce como un paciente entre otros que hace una demanda. Esta nueva posición de Luis me coloca, en consecuencia, en otra posición distinta de la materna que, por oposición, será necesariamente paterna.

Este cambio permite ahora un tipo de trabajo diferente donde es posible interrogar directamente la subjetividad de Luis. Además del abandono del pañal, los efectos terapéuticos consecuentes a este cambio son sorprendentes: está muy tranquilo tanto en casa como en el colegio, es mucho más independiente de la madre y la enuresis va disminuyendo su frecuencia paulatinamente. Luis no vuelve a tener comportamientos agresivos en el colegio y en casa resulta muy llamativo el amor y la atención que muestra hacia la hermana.

El trabajo en el análisis sigue durante unos meses, en los que su existencia se va ordenando poco a poco

desde este nuevo punto de mira. Luis me propone actividades que suelen tener una parte de competencia y una parte de cooperación. En este tiempo le gusta jugar a lo que llama el juego del record. Se trata de contar las veces que nos pasamos la pelota sin que caiga al suelo. Intenta hacer trampas, contar de más, pero no le dejo saltarse la norma, prohibición que ahora acepta. También me pide jugar al fútbol, lo cual no es cualquier cosa dado que es una actividad que él identifica con los varones. También aquí intenta hacer trampas para ganar y tampoco se lo permito, haciéndole notar la trampa. En cada sesión pide jugar a estos juegos de competencia. Siempre fuerzo el empate hasta el último momento en que me gana, dándole así la posibilidad de culminar un deseo rival para conmigo, situado en posición paterna, pero respetando al mismo tiempo las reglas del juego.

Un día pide a su padre ir a las clases de golf y empiezan a ir juntos cada sábado.

Un tiempo después, desde una posición mucho menos frontal que la del principio, me plantea que le gustaría dejar de ir al tenis y al inglés. Se atisba aquí una posible resolución del caso. Lo pienso así por que ir a inglés, al tenis y al psicoanalista siempre han sido deseos de los padres a los que él se oponía abiertamente y ante los que se ha ido situando progresivamente en función de los cambios que se han producido en el análisis, básicamente haciendo suyos dichos deseos (como ocurre con el golf y con el propio análisis).

Luis quiere ahora apuntarse al equipo de baloncesto del colegio, junto a sus amigas (los chicos, claro, están en el equipo de fútbol). Le digo que debería hablarlo con sus padres. Me pide que se lo diga yo y le contesto que no, que si quiere les podemos hacer pasar a la sala para que se lo diga delante de mí. Acepta. Los padres, desconcertados improvisan con acierto: aceptan que deje el tenis pero no el inglés y aceptan que se apunte a baloncesto con la condición de que sea él quien haga todos los trámites (preguntar horarios, precios, etc).

Así lo hace pero, al cabo de unos días de entrenamiento, el entrenador le dice que el próximo sábado jugará un partido. Me dice que quiere quitarse del equipo de baloncesto. Le da vergüenza jugar el partido porque es muy malo. Y porque es el único chico. Aho-

ra quiere apuntarse al equipo de voleibol donde hay chicos y chicas. Se repite la escena con los padres y estos vuelven a aceptar con la misma condición. En este equipo parece sentirse por fin a gusto.

Unas sesiones después me pide, como tantas veces antes, dejar de venir y le digo que estoy de acuerdo. ¿Por qué ahora, después de tantas negativas, le dejo marchar? Porque considero que Luis lo plantea no desde la agresividad o la huida, sino desde la seguridad de querer seguir su camino sólo. ¿Qué pasó con aquello por lo que vino? Luis ya no es violento, es independiente, aún se hace pis algunas noches y sigue siendo muy amanerado, quizá aún más que al principio. No es de su elección sexual de lo que debía curarse Luis, sino de la pregnancia de su identificación narcisista como objeto de goce para la madre.

“Te voy a hacer un dibujo como regalo de despedida”, dice en esta última sesión. Pinta una mesa y una silla y dice: “son esta mesa y esta silla” (las de la sala). Pero sigue pintando y cuando termina dice: “Es mi madre vestida de novia en el altar. Mi abuela está afuera con los invitados. Mi padre llega tarde. Mi madre está esperando”.

En la última entrevista con los padres, me dicen que en realidad ocurrió justo al contrario: la madre llegó muy tarde. Fue el padre quien esperó en el altar. Así se lo contaron siempre a Luis pero ahora él se lo cuenta a sí mismo de otra manera.

Este último dibujo representa, a mi modo de ver, el cambio que se ha producido en el transcurso del análisis. Al principio existía una dualidad mortífera entre la madre y el niño. Mortífera a tenor de la angustia y la agresividad que comportaba, lo cual no impide que fuera, al mismo tiempo, gozosa para ambos. El análisis, en función de las identificaciones que el paciente ha ido atribuyendo al analista, ha permitido reconstruir la subjetividad de este niño poniendo un límite a aquella relación que le alienaba en un lugar de objeto para la madre. Fundamentalmente, el análisis actúa como una prótesis de función paterna, entendiendo por función paterna precisamente aquello que viene a san-

cionar, a interponer una ley ante dicho goce sin límites. La función paterna como tercer elemento entre la madre y el niño tiene, como se ve bien en el caso, un efecto liberador para el sujeto. Así ocurre en la transferencia con la inversión de la identificación que he comentado antes y así ocurre también en la realidad donde Luis hace intervenir efectivamente al padre. Lo hace, de hecho, desde el momento en que le dice a su madre que no usará más pañales y, también, más adelante cuando se va con él a jugar al golf. Un padre no tiene porqué estar encarnado en un papá ni siquiera en un hombre, un padre es un límite, una ley que prohíbe, un padre es una instancia psíquica que puede y debe ser enunciada por el propio sujeto.

El dibujo reproduce, al mismo tiempo, el escenario del análisis y el escenario de la relación triangular entre Luis, su padre y su madre. Ahora Luis puede construir una ficción simbólica en la cual el padre

está llegando para dar algo a la madre que lo espera. Para Luis, el padre está ahora presente en el deseo de la madre y, por tanto, en el suyo propio. La novia es, efectivamente, la madre situada en un lugar distinto al del inicio del tratamiento pero la novia también es el propio Luis en una identificación femenina, identificación que considero progresiva pues, en tanto sustituye aquella otra primera identificación mortífera, ha permitido que Luis se sitúe en el mundo de tal modo que ya no se hacen necesarias ni la angustia ni la agresividad.

No es seguro que se pueda hablar de final de análisis en los niños en los mismos términos que en los adultos. En el caso de Luis la conclusión se produce justamente en un punto, la construcción de un fantasma neurótico, que bien podría representar la entrada en análisis para un adulto. El análisis de Luis ha permitido, pues, la emergencia de un sujeto allí donde no lo había. Falta saber lo que este sujeto se preguntará de sí mismo en la adolescencia. Pero esa es otra historia.

No es seguro que se pueda hablar de final de análisis en los niños en los mismos términos que en los adultos.